

SEMBLANZA CIENTIFICA Y MORAL DE DOS NATURALISTAS RIOJANOS

POR
ISMAEL DEL PAN

EL SUELO RIOJANO Y LOS VALORES ETICOS Y MORALES QUE DE EL SE DERIVAN.

La tierra riojana, colocada al pie de uno de los contrafuertes del Sistema Ibérico, es tierra de armonías y contrastes fisiográficos. Gran parte de ella se asoma al valle tectónico del Ebro a modo de riente anfiteatro constituido por grupos de terrazas fluviales, depositadas y esculpidas por los cursos de agua del Pleistoceno, que sobre el cauce actual de aquel gran río genuinamente hispano fueron acopiando, en sus innumerables crecidas y lento divagar, aluviones y cascajos a diferentes niveles, cual extensos y potentes escalones cincelados por los afluentes de la orilla derecha del Ebro sobre ese milenario hormigón natural.

El suelo de las terrazas más próximas al cauce actual del río, aplanado secularmente por las fuerzas de la Naturaleza, constituye en los tiempos actuales la fértil llanura riojana, no sólo en el valle que corre a lo largo de la margen derecha del Ebro, sino en los valles secundarios de sus afluentes: el Tirón, el Oja, el Najerilla, el Iregua, el Cidacos y el Alhama, en cuyas ubérrimas orillas se mantiene una espléndida vegetación de huertas y viñedos, cuyos cultivos dan lugar a un verdadero vergel, allí donde el agua infiltrada en los aluviones lleva el germen vital a cuanto los naturales de esta privilegiada región puedan apetecer en sus explotaciones agrícolas: hortalizas, frutales, cereales y viñedos. Dígase lo que se quiera, y a pesar de las fluctuaciones históricas y políticas, que acrecieron o menguaron la extensión y variaron los límites de este pedazo de terreno del valle del Ebro, ésta es La Rioja por antonomasia que por lo despejado de su cielo, que limpian de celajes y vapores las corrientes eólicas de valle, es facsímil de la plana costera levantina o evocación de la belleza de la huerta murciana.

Mas junto a esta vega exuberante, llena de vida y de color, pletórica de vegetación cultivada y espontánea, surgen río abajo, a partir de la capital riojana, los depósitos detríticos del Terciario con areniscas, arcillas, conglomerados y depósitos salinos y yesíferos, que secularmente fueron rellenando la depresión del Ebro. Las aguas salvajes y cursos acuíferos, mal encauzados, al realizar su trabajo de lima en estos depósitos fueron hendiéndolos y tajándolos, produciendo una genuina labor de abarrancamiento y modelando al fin esos típicos cerros, con forma de artesa volcada, que en las proximidades de Calahorra y en los términos de Alcanadre y Alfaro dan en muchos momentos al paisaje una facies subdesértica y esteparia, con una rala vegetación de tomillar, con matas xerófilas y florecillas escariosas. Abundan en estos cerros los manantiales salinos, de propiedades purgantes y de acción terapéutica en las enfermedades de la piel; y la evaporación de las aguas meteóricas, infiltradas entre las capas que constituyen los referidos cerros, exorna con franjas salitrosas blanquecinas, alternantes con el tono rojizo de las arcillas, las laderas de aquellos, ofreciendo en sus repisas pétreas un verdadero muestrario de sales sódico-cálcicas y magnésicas a base de cloruro y sulfatos.

Bien manifiesto es, pues, el contraste fisiográfico entre la natural armonía de la vega, matizada con el gayo verdor de sus cultivos, y la estepa desolada y halófila, que, casi en íntimo contacto, se ofrece al observador. Pero no se detiene aquí la ley del contraste, en la geomorfología del solar riojano; pues este trozo del valle del Ebro forma parte de una gran fosa de hundimiento, comprendida entre el Pirineo y las montañas ibéricas. Y para ascender desde la llanura riojana a la meseta de Castilla pasando de la cuenca del Ebro a la del Duero, como ingente escalón rocoso se yerge el segmento ibérico, formado por las Sierras de la Demanda, los Cameros y Oncala, que aíslan de la referida meseta el férax suelo de la Rioja, ofreciéndose desde esta llanura al observador como verdaderos baluartes montañosos.

Y casi total hubiera sido este aislamiento del solar riojano, en relación con la unidad geográfica de carácter más genuinamente español, a no ser porque los afluentes del Ebro, antes mencionado, con su intensa erosión ascendente hacia el nacimiento, han fraguado valles profundos y tortuosos, entallados hacia la divisoria de las aguas del Duero, abriéndose además hacia el Ebro en dirección a la vega riojana curiosos pasos o portillos, como por ejemplo, el «portillo de Isla Llana» por el que avanza el Iregua, en su desembocadura, hacia Logroño, abriéndose paso por los terrenos mesozoicos de la Sierra de Cameros. La Naturaleza ha marcado así al hombre los derroteros de la comunicación de La Rioja con la Meseta, en materia de geografía humana. Y las carreteras y caminos de derrota, hacia la típica Castilla, siguen trayectoria casi pareja con el cauce fraguado por los in-

dicados afluentes, como ocurre con la carretera de Logroño a Soria por Cameros, o bien con la de la capital riojana hacia las tierras numantinas por Oncala, siguiendo en parte el ascendente curso del Cidacos.

En esta porción del territorio perteneciente a Rioja se halla el dominio del paisaje montañoso: murallones casi inaccesibles, topografía ruiniforme de aparentes castillos y ciudades abandonadas, pueden contemplarse, como acicate de la fantasía, en los terrenos serranos de conglomerados; cresterías, repisas y saledizos rocosos, que miran a profundas entalladuras, por cuyo fondo cascajoso corren ríos de transparentes aguas, dan vida al paisaje de erosión en los terrenos calcáreos. Y en los puertos, culminaciones y cúspides, nieves casi perennes, ventisqueros con las consiguientes lagunas de deshielo, que comunican al paisaje características alpestres, como en el Pico de San Lorenzo, de la Sierra de la Demanda.

Claramente se ve que en el reducido suelo riojano se dan los más variados paisajes con las condiciones fisiográficas más contrapuestas. De tal modo es así, que muchos de sus pintorescos lugares pudieran ser incluidos en el catálogo de los llamados Sitios de Interés Nacional por la ya creada Junta de Protección a la Naturaleza. Estos lugares, en que tan pródiga, suave y blanda se ha mostrado unas veces la Providencia, y otras tan sublime y austera en la tierra riojana, invitan, aún a los espíritus menos cultivados, a la contemplación de la naturaleza, a la exaltación de la estética y a la captación de su marcada influencia en la vida. De la admiración que suscita la variedad y armonía del suelo riojano derivanse inapreciables valores éticos y morales, como perenne lección humana, desde que el Ebro se abre paso, en formidable tajo, a través de las rocas calcáreas de las «Conchas de Haro», hasta la confluencia del río Aragón con aquél, en su margen izquierda, frente a Alfaro.

En todo ese trayecto, el Ebro subraya con sus líneas la verdadera extensión del suelo riojano poniéndole un aúreo marco de fecundidad y de riqueza. En el ambiente geográfico y vital de esa demarcación se temple y fortalece el espíritu de sus habitantes, se forjan sus recios caracteres y se ennoblecen sus corazones. Nada tiene de extraño que La Rioja haya sido cuna de naturalistas y poetas, porque en su propio suelo y ante una Naturaleza espléndida y variada han encontrado siempre motivos de inspiración y estudio, para cantar la Belleza y elevarse hasta el conocimiento de las causas primeras de los fenómenos naturales. Así como los poetas son los heraldos de la Estética, los naturalistas son los poetas de la Naturaleza que buscan, en sus verdades, la Suprema Belleza. El suelo y el ambiente riojanos constituyen manantial inagotable para la dedicación de muchas vidas a las bellas obras del espíritu y a las ciencias de observación. Y cuando Gonzalo de Berceo exalta las bellezas del valle de San

Millán y Esteban Manuel de Villegas hace una interpretación emotiva del gorgojo de los pajarillos, son, al par que poetas, tan naturalistas como D. Mariano de la Paz Graells o D. Ildefonso Zubía, cuando inquieren los detalles de la vida de los insectos o de la morfología y distribución de las especies botánicas. Todos ellos entonan de consuno un bello himno a la Creación. Hagamos la semblanza moral y científica de estos dos últimos naturalistas riojanos y veamos como destacan en su vida los valores: estético, científico y moral

D. MARIANO DE LA PAZ GRAELLS

Resonaba el eco fragoroso de la invasión napoleónica en el ámbito peninsular, cuando ve la luz primera en Tricio, el año de 1808, este ilustre naturalista riojano. El bello paisaje riojalteño atrae poderosamente la concentrada atención infantil del que tiempos después sería un formidable observador. Su alma se inunda de la luz y del color de este pedazo de la Naturaleza riojana, y sus recónditas armonías llaman al espíritu novel con la fuerza de la vocación del naturalista. ¡Quién sabe si de la admiración de aquellas gayas flores, si de los arpegios de los descendientes de aquellasavecillas canoras, que admirara también «El Cisne del Najerilla», derivó el ardiente amor de Graells a la Naturaleza y su afición a la Botánica y a la Zoología! Ello es que, desde muy joven, estas dos ciencias de la Naturaleza constituyeron la primordial inclinación de su espíritu para toda la vida.

Cierto que, al correr de los años, se le ve en Barcelona haciendo los estudios de la carrera de Medicina. Pero ¿era capaz de encerrarse el afán científico de Graells en el estrecho horizonte del microcosmos de la naturaleza humana? Quien desde joven había sentido, tan de cerca y tan hondo, la vibración de vida y de inefable poesía de los campos riojanos, no podía quedar vinculado para siempre a la sombría tarea de ahuyentar a la enfermedad, siquiera fuese ejercicio humanitario, y al arte de curar, «socorrida ciencia», como dijera Quevedo. La personalidad del naturalista suplanta pronto al médico, para dedicarse, febrilmente, al estudio de la flora catalana y para ocuparse de conocer a fondo la Zoología general. Con ello llegaría más tarde nuestro naturalista a ser, en su época, el primer entomólogo de nuestro país y a podersele considerar como fundador de la escuela española de entomología. No obstante, los estudios anatómicos de la carrera de Medicina fueron sólido fundamento para los de Anatomía comparada, que había de profesar tiempos después.

Su depurado temperamento científico se puso ya de manifiesto en estos primeros trabajos botánicos y zoológicos, cuyo mérito le llevó, siendo aún muy joven, a la Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona, donde ejerció,

además, el cargo de catedrático de Zoología. Mas era, en realidad, en la Corte adonde estaba destinado, para que dieran sus frutos el talento organizador y el espíritu dinámico de que se hallaba dotado; y en Noviembre de 1837 una Real Orden le nombra catedrático interino de Zoología, en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. La Junta Gubernativa de dicho Museo, que desconoce los méritos de Graells, considera el nombramiento como un privilegio de favor hacia el naturalista riojano y, moralmente, le pone la proa. Pero no tarda en desvanecer este error la brillantez con que explica el curso el joven catedrático, que tendría, por entonces, unos veintinueve años, y su espíritu creador de escuela gana la voluntad de la referida Junta del Museo, la cual informa favorablemente ante el Ministro sobre la conveniencia de acabar con la interinidad de la provisión de la cátedra, reconociendo la capacidad científica y pedagógica de Graells. La fuerza de los hechos puede más que la suspicacia y la prevención, y en Noviembre de 1838 la Reina Regente, D^a María Cristina, nombra al naturalista riojano, catedrático, en propiedad, de Zoología, en el Museo de Madrid.

A partir de este momento D. Mariano de la Paz Graells, brilla como astro de primera magnitud en el mundo de la ciencia, de la política y de la sociedad, por su competencia científica, sus dotes pedagógicas, su gran cultura, su talento, su nobleza de corazón y hasta por la firmeza de su carácter, que, en no pocas ocasiones, le lleva al palenque de la lucha noble y tenaz, de la que sale triunfante su entusiasmo y buena fé por todo cuanto significara justicia y amplitud de radio moral. Pero, precisamente por estas envidiables cualidades, tropezó múltiples veces con el veto que la humanidad envidiosa pone a los hombres grandes, por el delito de desviarse del camino gregarios de los adocenados, de destacar su figura del nivel de la mediocridad; de ser Quijote en lugar de Sancho. Y a aquél glorioso entomólogo y botánico español, descubridor de especies únicas de nuestra fauna, que hasta los ochenta años sigue arrancando sus secretos a la Naturaleza, en el campo, excelente maestro y propulsor del desarrollo de centros culturales en España, se le combate duramente en Francia, y el entomólogo Oberthür lo ridiculiza por el hecho de colocar, en la cubierta de sus trabajos, los títulos honrosamente ganados por Graells con un trabajo perseverante y un apasionado amor a su patria. Por lo visto, aquel pseudo-sabio francés no podía tolerar que nuestro ilustre paisano fuera Caballero de la Legión de Honor, Comendador de la Orden de Carlos III, Director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, Catedrático de Anatomía comparada y Zoografía del mismo establecimiento, Socio de Número de las Reales Academias de Madrid y Lisboa, de las Imperiales de Agricultura de Moscou y Zoológica de Aclimatación de Francia, de la Entomológica y Botánica de dicha nación, de la de Ciencias de Barcelona, Strasburgo, Siracusa, Milán, etc. y,

en fin Senador del Reino y miembro de multitud de comisiones y ponencias. Y ¿qué había de hacer Graells si todo esto lo había ganado en honrosa lid? ¿Callarlo y ocultarlo como si fuera un delito?

Uno de los momentos culminantes de la vida científica de D. Mariano de la Paz Graells, que pone a prueba su talento, organizador, es aquél en que se le nombra Director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, en 1845. Aquel esplendor que tuviera este organismo científico y de cultura nacional, en el último cuarto del siglo XVIII, cuando aún fuera el Real Gabinete de Historia Natural, fundado por Carlos III, se eclipsa por completo al comenzar el siglo XIX, con la invasión napoleónica. La vida del Museo sufre un profundo colapso, del que tardará mucho en volver. Tanto cuanto dura la primera mitad del siglo décimonono, en que le hace reaccionar el entusiasmo, capacidad de organización y dinamismo de Graells.

Sabe perfectamente que la dirección de un Museo de Ciencias Naturales no estriba solo en firmar expedientes y facturas, sino en la enseñanza eficiente de las ciencias de la Naturaleza; en dar incremento, esplendidez y valor pedagógico a sus colecciones; en el intercambio de los ejemplares de ellas con los de otros Museos; en lograr interesar a los naturalistas nacionales y extranjeros, para unirlos en un nexo común con el Museo, y que aporten a éste el fruto de sus investigaciones y estudios, y en que la Nación tenga un medio eficaz de mostrar a propios y extraños sus riquezas naturales, estimulando el amor patrio, la admiración extranjera hacia nuestro país y el afán de estudio de la Naturaleza.

Y como todas estas bellas ideas, coordinadas, bullen en la mente del sabio naturalista, y, como buen riojano, es decidido y rápido en el obrar, pronto las lleva a la práctica, infundiendo nueva vida a un organismo científico y cultural, que, como el citado Museo, de Madrid, estaba virtualmente muerto. Años después diría el mismo Graells que «a pesar de lo que había adelantado la ciencia, no eran capaces los naturalistas de resucitar muertos», pero él, con su talento organizador y un ánimo decidido, había logrado la resurrección del Museo de Ciencias Naturales.

Se vale, para ello, de un plan previamente trazado y de todos los medios hábiles que le sugiere su entusiasmo. Aprovechando el viaje, que para estudiar Geología realiza por toda Europa D. Juan Vilanova y Piera, joven Ayudante de la cátedra de Graells, lo pone éste en contacto con los más prestigiosos naturalistas de la mayoría de las naciones europeas. Vilanova lleva instrucciones y poderes para realizar adquisiciones y cambios de ejemplares con Museos del extranjero y particulares, y, como resultado de este plan, nuestro Museo se enriquece con valiosas colecciones, preciados ejemplares y, lo que aún vale más, con las relaciones científicas de investigadores y sabios europeos, que ya conceden

valor y mérito debidos a nuestros estudios y a nuestro Museo. España se asoma a Europa con sus investigaciones de Ciencias Naturales, y las corrientes endorréicas de su ciencia nacional encuentran nuevos y amplios cauces para expandir su contenido en el exterior.

No se detiene aquí la ambición científica, ni halla, todavía, satisfacción cumplida el amor patrio de Graells. Ha logrado atraer las miradas del mundo sabio europeo hacia la institución cultural naturalista madrileña; pero quiere todavía más; quiere hacer y consolidar un Museo de Ciencias Naturales, que sea *verdaderamente nacional*; quiere convertirlo en un centro donde estén reunidas las riquezas naturales españolas; que sirva a la vez de enseñanza y de consulta y donde converjan las investigaciones particulares de los naturalistas españoles. Todo ésto lo consigue creando los llamados Corresponsales del Museo: profesores, catedráticos y directores de Instituto o bien gentes de verdadera afición naturalista. Las correrías, excursiones y viajes de estudio de todos ellos dan por resultado el envío de ejemplares y colecciones, formadas en el curso de su investigación, acrecentándose, al propio tiempo, la buena amistad y armonía, que siempre fué proverbial en la familia naturalista. Todo esto logra, con su talento, con su entusiasmo y con la noble inquietud de su espíritu, el naturalista riojano de Tricio.

Si en vez de proponernos aquí hacer la semblanza moral y científica de nuestro paisano Graells, tratáramos de hacer su verdadera biografía, añadiríamos múltiples detalles, que probarían cómo la estética del terruño riojano hallaba realización en el carácter del naturalista, traducándose en otra profunda estética de bellos valores morales. No quedarían a la zaga, entre éstos, el amor a la ciencia y el amor patrio. Cuando en 1854 presenta a la Academia de Ciencias de Madrid su primer opúsculo, acerca de las herborizaciones realizadas en la Península por este naturalista riojano, el primero de los *Ramilletes de las Plantas Españolas*, como Graells tituló a estas obritas, tan interesantes por sus descripciones como por las bellas láminas que las ilustran, hace hincapié, no sólo en que quiere enriquecer la ciencia botánica de su país, sino en que desea preparar el terreno de la investigación nacional, para facilitar la tarea, que el día de mañana, hubieran de realizar otros compatriotas al redactar la tan deseada *Flora Española*. Excita a los jóvenes botánicos españoles para que se dediquen al estudio práctico de la ciencia, con el fin de que todos contribuyan a la magna obra, «y el día en que la Historia —dice— consigne los nombres de los botánicos que hubiesen cooperado a la formación de nuestra Flora, no tendremos el disgusto de vernos representados en minoría en un trabajo que debiera ser obra exclusiva de los españoles».

La Ciencia y la Patria son los verdaderos amores de Graells, como también lo prueba otra anécdota, que pone de

relieve su tesón riojano, su fervoroso culto a la verdad y su valentía para luchar contra los convencionalismos sociales, mantenedores de una farsa egoísta. Como quiera que el naturalista riojano, por ser Director del Museo de Ciencias Naturales, lo era también del Jardín Botánico de Madrid, le enviaron, desde Filipinas, en 1860, un paquete de semillas de la planta, *Musa textilis*, o *abacá*, para proceder a su aclimatación en España, empresa en la que, según parece, tenía empeño la Reina Isabel II. Las semillas de *abacá*, aunque sembradas, no germinaron, porque llegaron muertas ya a nuestro país, y así lo notificó Graells a quien correspondía saberlo.

No obstante, nuestro paisano recibía, en 1863, un oficio de queja del Ministro de Fomento, Marqués de la Vega de Armijo, en el que se le notificaba el desagrado de S. M. la Reina, por no haberse cumplido lo ordenado en 1860. Graells, ante tan injusto proceder, en que la mala fe y la incultura corrían parejas, contestó, de su puño y letra, bajo la propia firma del Ministro: « El oficial del Negociado que propuso semejante resolución, haciendo que S. M. viese con desagrado el que no germinasen unas semillas que llegaron al establecimiento muertas, debía carecer de sentido común, siendo también notable la ligereza y poca reflexión del Director de Estudios al aprobarla, y la del Ministro que la firmó. Esta R. O. es un insulto a la ciencia y en nombre de ésta lo rechaza el que suscribe y no quiere quede sin contestación para lo venidero: *Los naturalistas del siglo actual no tenemos la habilidad de resucitar muertos.* Hermosa lección de moral en que un naturalista sale a la defensa de un ultraje a uno de los valores morales más grandes de la humanidad: la Ciencia. Este riojano no quiebra su cintura, como los cortesanos, para hacer una reverencia afectada ante los grandes dignatarios y los magnates: para él no hay más ídolos dignos de idolatría que la Verdad y el Bien.

Algunos naturalistas y autores no consideran a Paz Graells como investigador de altura en las Ciencias de la Naturaleza, basándose, quizá, en que su noble ambición de saber le hizo cultivar diversas especialidades, en vez de persistir en el estudio de una sola, haciéndole arquetipo, en el que se estereotipara la formulita popular de: « el que mucho abarca, poco aprieta ». Sin embargo, y dejando a un lado el contenido de la palabra « investigador », de marcado origen románico, al parecer, aunque no sea más que teniendo en cuenta el alcance que hoy le damos: la persona dedicada a escrutar y discriminar la naturaleza de los problemas que puedan presentarse en una rama determinada del saber y a determinar las causas y origen de los mismos, podemos afirmar que también Graells tuvo genio investigador. Dígalo, si no el hecho de pasarse once años consecutivos, haciendo pesquisas para encontrar la bella mariposa americana *Saturnia luna*, la cual, según referencias del naturalista suizo,

D. Juan Mieg, existía en nuestra fauna. A pesar de su entusiasmo, no logró hallar Graells la referida especie; pero halló otra más hermosa, inexistente y nueva para la fama europea: la célebre mariposa, *Graëllsia isabellae*, que este insigne naturalista dedicó a la reina de España, Isabel II, la cual, para agradecer el homenaje de Graells, se dice que hizo montar un ejemplar de esta mariposa sobre un collar de esmeraldas, para lucir tan original adorno en una fiesta palatina.

La firmeza de carácter de Graells, propia del temperamento riojano, dió lugar, según algunos, a que en sus últimos tiempos se encastillara en las ideas científicas de su época, renunciando a incorporarse al movimiento y adelantos de las Ciencias Naturales en el último cuarto del siglo XIX. Quizá con el avance de su edad se exacerbara la solidez de las convicciones del sabio, que le hicieran no abandonar su reducto científico. Probablemente, a quienes afirmaban que: «la Naturaleza tiene horror al vacío» les hubiera ocurrido lo mismo, ante la afirmación de la existencia de la presión atmosférica, y aún a la vista de sus más convincentes experimentos, si tras filósofos y sabios, hubieran sido riojanos. Pero en Graells la firmeza de sus convicciones, no es sinónima de estatismo. Un hombre que a los ochenta años asiste a su cátedra y explica, primorosamente, sus lecciones de Anatomía comparada y además hace excursiones peligrosas por las montañas, no sólo es persona de resistencia física, sino de entusiasmos y de espíritu activo, puesto al servicio de la ciencia.

El eminente geólogo español, D. Eduardo Hernández-Pacheco, dice de D. Mariano de la Paz Graells, en el prólogo de un reciente libro, *El Museo Nacional de Ciencias Naturales*: «El Dr. Graells, con su elegante prestancia, con su rostro inteligente, encuadrado por largas patillas blancas que le daban un aire de venerable y distinguido marino, fué durante el último cuarto de siglo de la anterior centuria, un superviviente de la primera mitad del siglo XIX. No quiere ésto decir nada en desmérito del ilustre naturalista, a cuyo beneficioso influjo y extensa cultura, en las múltiples manifestaciones de la Naturaleza, debe mucho la Ciencia Hispana».

También nosotros abundamos en las ideas que se contienen en este último párrafo, referentes a nuestro paisano Graells. Fué un temperamento científico, un talento organizador, un espíritu dinámico y un luchador de noble y recio carácter, que todavía, en 1897, un año antes de su muerte, a los noventa años, daba a la estampa, en la Real Academia de Ciencias de Madrid, su notable obra: *Fauna Mastodológica Ibérica*.

D. ILDEFONSO ZUBIA E ICAZURIAGA

Hay en Logroño un rinconcito placentero para dejar transcurrir las horas calurosas, en días estivales, junto al Instituto de Enseñanza Media de la capital: es la «Glorieta

del Doctor Zubía». Cuando bajo la sombra de los árboles de aquel apacible lugar, discurrían mis juegos infantiles, no dejaba de mirar la placa que llevaba el rótulo transcrito. Pero mi imaginación de niño, presta a darle a todo desmesurada magnitud, no me decía, exactamente, cómo sería aquel señor, cuyo nombre llevaba la citada glorieta. Me lo figuraba como un señor de luenga barba y de elevada talla, vestido de levita, tocado de chistera tan alta como una chimenea, y no sé si también con un fajín sujeto a la cintura. Sin duda, era ésta la imagen nemónica de algún concejal del Ayuntamiento que yo había visto en la procesión de San Bernabé. ¿Pero cómo habría sido el Doctor Zubía? Sólo mi padre acertó a hacerme la semblanza del botánico ilustre en pocas palabras, pues un día que yo le preguntaba acerca de ésto me dijo: «Zubía fué un hombre todo corazón y que sabía mucho; procura imitarle».

Mi imaginación de niño asoció entonces la Bondad al Saber y surgió, en mi mente, la personalidad del apóstol. Así debió ser Zubía: un santo dedicado por entero a la ciencia. Muchos años después ví el retrato del sabio. No me había engañado mi padre ni mi corazonada infantil. Su mirada dulce y candorosa, en perpetuo éxtasis meditativo, impregnada de esa videncia lúcida, que solo da la Revelación Divina al que sabe leer en el gran libro de la Naturaleza, creaba, en torno suyo, un aura de inefable simpatía y de confianza en su persona. La tranquila expresión de su fisonomía delataba, al momento, su contextura moral: bondad y modestia. Su vestido, sobrio y severo, armonizaba con la psicología del hombre, que vive en sí, pero no para sí, con renunciamiento absoluto de la vanidad, de lo formulario y externo, de todo aquello que no sea el bien por el bien, dentro de las más absolutas normas de sinceridad. Zubía recordaba al Misticismo personificando al Sacrificio. Su efigie delataba al hombre que lo lleva en sí todo para ser feliz.

Y lo fué, en realidad: porque toda su vida la consagró a la ciencia, a la enseñanza y a hacer el bien. Buscaba la verdad científica en la más bella de las manifestaciones de la Naturaleza; tranquila y mansamente, sin el febril dinamismo, que hemos visto en Graells, sin avizorar los variados horizontes de las Ciencias Naturales: circunscribiendo sus puntos de vista a la Botánica y concentrando sus amores de sabio en la flora de su tierra natal, en la flora riojana. Para ella vivió. A su patria chica dedicó la más acendrada ofrenda, de hijo amantísimo; pero fué, a la par, tenaz trabajador al servicio de la Ciencia española, contribuyendo, con la formación de su Flora regional, a la magna obra de la Flora de España.

El solar riojano, que con sus variados y armónicos elementos de estética natural modela el carácter de sus hijos, los crea, unas veces, inquietos, emprendedores, dinámicos y de fantasía creadora, mientras, otras, los hace serenos, apaci-

bles, tranquilos y tenaces; pero a ninguno les niega un gran caudal de voluntad y de ingenio. De este segundo aspecto de carácter era el joven Ildefonso Zubía e Icazuriaga, cuando al admirar la exuberante vegetación huertana de la «Ribera», en Logroño, siente la comezón del estudio, el afán de interrogar a la Naturaleza, no como un profano o mero diletante, sino como el hombre que se prepara para llevar a cabo un trabajo serio, científico y cultural. Quiere hacer sus primeras armas del Bachillerato en el Instituto de la Capital; pero se encuentra con el veto de la escasez de recursos, por su escaso peculio y modesto origen. Necesita ayudarse en sus estudios; y, como tiene más voluntad y más ingenio que dinero, fabrica una pasta para confeccionar cerillas, que le produce lo suficiente para poder continuar sus tareas académicas. Nunca mejor que aquí podrá decirse que «la luz del ingenio» iluminó la senda del conocimiento de nuestro ilustre paisano.

A medida que su espíritu se metodiza, por el estudio, siente mayores anhelos por penetrar en la esencia de las Ciencias Naturales. Pero necesita ampliar la esfera de sus conocimientos elementales y seguir estudios de Facultad. Ello supone trasladarse a Madrid; más la fortuna no le prodiga sus favores, a pesar de ser hombre de ingenio. Realizar estudios mayores y sostenerse en la Corte era, para él, problema de difícil solución. «Paciencia te dé Dios, hijo; que el saber poco te vale», suelen decir en Rioja, cuando las dificultades son tan insuperables que no se pueden resolver con el talento. No obstante, Zubía, se traslada a Madrid y estudia las carreras de Farmacia y Ciencias, subviniendo a los gastos con el producto de su trabajo, como mancebo de farmacia, a costa de mil privaciones, que él sufría, pacientemente, y hasta con la dulce alegría que le prestaba su carácter apacible y tranquilo, alentado por la esperanza de que algún día podría licenciarse y desenvolver su plan sobre investigaciones botánicas. Dulces ensueños acariciados por el futuro naturalista riojano en la rebotica de algún Don Hilarión de su época.

La constancia de su espíritu, tenaz y tranquilo, da el fruto apetecido y a los veintitrés años parece ser que explicaba ya, en Madrid, una cátedra de Química. Nadie mejor que él, ejemplo de amor al estudio y de constancia en el trabajo, conocedor de lo que significa el esfuerzo, en la lucha por la vida, para aprestarse a emprender el sacerdocio del profesorado. Y así lo hace, en 1843, en que, tras brillantes oposiciones, gana la cátedra de Historia Nacional, que, durante toda su vida, explicó en el Instituto de Logroño. Ya ha logrado aquel mozo logroñés, que apenas contaba veinticinco años, ser maestro, donde antes fué discípulo, garantizando así el excelente resultado de aquella pasta de cerillas que le ayudó a triunfar.

Dotado, como pocos, de la ecuanimidad de espíritu, que

necesitan poseer el investigador y el maestro que ha de hacer investigadores, habría sido uno de los catedráticos que hubieran dado más gloria a la Universidad española. Un momento hubo, en su vida, que quiso derivar en tal sentido: cuando, poco después de ganar la cátedra de Logroño, hizo oposiciones a una cátedra de la Universidad de Oviedo, cátedra que también ganó. Pero su obsesión era acometer el importante problema de estudiar la botánica riojana, y apenas obtenida la cátedra antedicha, renunció a ella.

Zubía era un riojano reconcentrado y sentimental. La Rioja había troquelado su personalidad y La Rioja la absorbería, como algo muy suyo. En 1847 comenzó a formar el herbario de las especies botánicas de esta región y no dejó de trabajar, en este sentido, hasta su muerte el naturalista logroñés. A éste sí que no puede reprochársele, como a Graells, que disipara su atención en diversos temas, aunque no quiere ésto decir que su vasta cultura, su capacidad y su talento no lo manifestaran, en ocasiones, como cultivador de la Geografía física, de la Prehistoria y hasta del periodismo logroñés, pues según parece fué redactor del periódico «La Ilustración», de dicha ciudad. Añadamos, por ende, que una buena parte de su vida la pasó en su farmacia de la calle Mayor, de Logroño, que, amén del despacho para el público, constituía para el sabio logroñés el laboratorio botánico, donde clasificaba las numerosas especies, que recogía en centenares de paseos y excursiones, no solo por los alrededores de la capital, sino de la provincia entera.

Así llegó a formar un magnífico herbario, base documental para escribir su «*Flora de la Rioja*», obra que Zubía dejó inédita, al morir, pero que publicó su nieto, D. José María Zubía, en 1921, distribuyendo su material en dos tomos: uno dedicado a la Geografía física y Geología del suelo riojano, en relación con las características especiales de su flora; y el otro dedicado al catálogo metódico de las especies vegetales, tanto de plantas criptógamas, como fanerógamas, que crecen en nuestra región. La parte principal de este herbario fué legada al Jardín Botánico de Madrid por el sabio botánico logroñés, y de ella hizo entrega oficial, a su tiempo, el referido nieto del Doctor Zubía.

¿Cuál es el significado y el valor de la obra científica de este naturalista riojano? Zubía no fué solo un sabio regional encastillado en los límites del ambiente científico y moral de su comarca. Fué un trabajador de la ciencia, netamente español, que, al estudiar la botánica de su región, contribuyó a engrandecer los estudios fitológicos del solar patrio. De acuerdo con Graells en el aporte fragmentario de materiales botánicos e investigaciones parciales, para que algún día tomase cuerpo la obra, de conjunto, de la *Flora Española*, recorrió su región en múltiples excursiones; pero también hizo acopio y estudió innumerables ejemplares y especies del resto de España y del Extranjero como material de comparación

y estudio, con vistas a hacer un conjunto organográfico y de geografía botánica de carácter nacional.

Este significado de la obra de Zubía fué, a mi juicio, objeto de una mala interpretación por parte de algún botánico español, que integraba la Comisión de publicaciones en la Real Sociedad Española de Historia Natural, pues precisamente la introducción de especies botánicas de otras regiones españolas y extranjeras en el catálogo de la *Flora de La Rioja*, de Zubía, no supone más que establecer un juicio comparativo de área geográfica de dispersión de tales especies, porque bien sentado queda que el autor no las introduce en su obra como privativas del suelo riojano. Son además un mérito positivo, para la época en que fué concebida la obra, las consideraciones de carácter edafológico, siquiera sea en atisbos, de lo que en realidad supone hoy este criterio, que hace el Doctor Zubía en ambas partes de su Flora refiriéndose, sobre todo, a las plantas halófilas. No es de extrañar que, reconociendo el mérito de la labor de este naturalista riojano, lo nombre Graells Corresponsal del Museo de Ciencias Naturales, en 1849, cuando aquel hijo de La Rioja, ejerciendo la dirección de dicho Museo, trata de reorganizar y levantar aquel Centro de nuestra Nación.

Así supo Zubía, « ser profeta en su patria chica » y fuera de ella; pero sin mendigar nada de la sabiduría oficial, que crea encasillados de honores a su arbitrio, distribuye prebendas y puestos y realza aparentes valores, no siempre positivos. Al Doctor Zubía le repugnaba bullir para aureolar su persona. Trabajaba para dar satisfacción a su espíritu y hacer el bien a sus coterráneos y compatriotas. Era el sabio que no da importancia a su saber. La alabanza de este laborioso maestro de la Botánica vino siempre de fuera; a veces de botánicos extranjeros de fama mundial, como Willkoom y Lange, quienes en su famosa obra, *Prodromus Florae Hispanicae*, afirman de Zubía que « era uno de los más distinguidos botánicos de la región ibérica y muy dignas de notar las correctas clasificaciones hechas de muchas plantas, por él descubiertas en la comarca riojana ».

Don Ildefonso Zubía no acumuló títulos, honores y condecoraciones, que fueran el blasón de su sólida y pertinaz tarea científica. Trabajó, calladamente, con la fé y entusiasmo, bastándole con el título de « buen logroñés », que le dieron sus paisanos y el de excelente patriota, con el que distingue la posteridad. Todo lo que su espíritu sencillo podía apetecer lo tenía en Logroño: cariño y respeto. Gozó de una existencia patriarcal; su sabiduría daba a todos enseñanza y consejo; su bondad llevaba el consuelo a quien lo había menester. Y querido y venerado de todos pasó toda la vida en su capital riojana, compartiéndola entre la enseñanza de la Historia Natural, en el Instituto, donde ocupara el sitial de la dirección y la investigación científica y la elaboración de remedios para curar la enfermedad.

La vida del Doctor Zubía es ejemplo de sencillez y de grandeza moral. « Vir bonus » podría ser el lema de la dees te hijo preclaro de Logroño. Con ello quedaría significado que los hombres no son más grandes por ser sabios, sino por ser buenos. En realidad la semblanza del naturalista riojano, que acabo de bosquejar, pudo hacerla lo mismo cualquiera de sus coetáneos. La esencia de ella la recibí, como dije, de labios de mi padre: « Zubía era todo corazón ». Como él opinaron todos los logroñeses que vivieron con D. Idefonso Zubía e Icazuriaga, desde 1819 a 1891, en que acaeció su muerte.

SINTESIS DE AMBAS SEMBLANZAS

No siendo la semblanza una verdadera biografía, sino más bien la silueta psicológica y moral del personaje histórico o científico retratado, debemos ver en las dos que anteceden la expresión de los valores morales de carácter personal y regional de ambos naturalistas riojanos, y su influencia en la vida científica y cultural del siglo en que vivieron.

No cabe duda que dichos naturalistas son dos positivos valores del siglo XIX, en cuanto se refiere al cultivo las Ciencias Naturales y en lo que concierne a la ejemplaridad. Cier to que la Historia no los incluye en el catálogo de sus « genios », porque la Sociedad no los notó afectados de ese excelso desequilibrio, con que estamos acostumbrados a definir al « genio »; perosi, como cree José M.^a Pemán, insigne Director de la Real Academia Española, « el genio es una gran moral », quizás ambos ilustres riojanos pudieran aspirar a que su esencia científica y moral se conservara en la redoma luciente de la genialidad. En ambos naturalistas de La Rioja, como afirma « del genio » Pemán, hay *una íntima y rígida moral de su trabajo, que les lleva a entregarse a él de un modo austero y absorbente*. Ambos resultan « raros », porque son « austeros », y en esa austeridad reside toda la esencia moral de su vida.

Cuando Graells defiende a la Ciencia de los ataques que la insustancialidad burocrática y la intriga palaciega la hacen objeto, porque la madre Naturaleza no sigue los cauces del capricho de capitoses empíngorotados o de la versatilidad de la realeza, no es sólo el carácter riojano, presto a sublevarse ante la más mínima sinrazón, el que reacciona es la austera moral del genio español la que se opone a que la veleidad escarnezca uno de los valores más grandes de la Humanidad: la Ciencia. El entusiasmo, la veneración y el espíritu caballeresco de Graells salen a la palestra para mantener inmaculado tan excelso concepto, aun a trueque de perder el favor, la consideración y hasta los cargos que pueden conceder los ministros y las personas de Palacio. Antes el prestigio de la Ciencia que los convencionalismos sociales.

Cuando Zubía «renuncia» a la gloria del ambiente universitario, a la apoteosis de las Academias, al brillo de las condecoraciones, para recluirse en el reducido espacio social y geográfico de su capital riojana en aquella época, solamente para tener la satisfacción moral de hacer el herbario de la flora de su tierra, contribuyendo así al acervo científico nacional, para crear discípulos y hacer el bien, adquiere las características de la genialidad; porque, como dice Pemán, «*renunciar* es el verbo de los genios».

Don Mariano de la Paz Graells y Don Ildefonso Zubía e Icazuriaga son dos figuras riojanas, representativas de la intelectualidad trabajadora y patriota del siglo XIX. La síntesis de sus diversos temperamentos resume el variado mosaico de caracteres psicológicos de la gente riojana. Graells, creador, dinámico, organizador, genio sintético, es la personificación antropsicológica de la genuina Rioja: alegría desbordante, exaltación de la luz y del color, fecundidad ubérrima de la propia naturaleza del suelo y del ambiente. Zubía, meditador, analista, espíritu tenaz, ecuánime y tranquilo, es la representación moral del alma serrana, del aura montañera, del que hoy haríamos el personaje prototipo de la investigación. Voluntad e ingenio, que siguen dos direcciones psicológicas distintas, son la esencia de estas dos figuras de la ciencia española. Ambas son ejemplo de valores morales, digno de imitación.

